

FIGURA 4 SEDUCCIÓN

CONTROL, CAPCIÓN Y DELEITE

Análisis de textos

Saavedra Fajardo

El texto que hemos escogido pertenece a la que seguramente es la obra central del tratadismo político español del Siglo de Oro, representativa del pensamiento de la Contrarreforma. Su autor, Diego de Saavedra Fajardo (1584-1648), es uno de los grandes diplomáticos de la historia de España, y reúne ejemplarmente las características contradictorias que singularizan a ese pensamiento, combinación de principios y convicciones de procedencia escolástica, medieval, por tanto, y percepción y juicio de sesgo inequívocamente moderno. La muestra más palmaria es la relación que Saavedra mantiene con Maquiavelo, a cuya doctrina se opone constantemente mientras incorpora y aconseja su pragmática. El tratado de Saavedra tiene, además, otro interés para nosotros: la exposición obedece a la forma típicamente barroca de los emblemas (las “empresas”), de manera que cada uno de los cien capítulos de la obra está presidido por un grabado que lleva inscrito un lema, e introducido por un breve comentario del emblema que da la bajada al examen del asunto propiamente dicho. La idea barroca de una representación figurativa del motivo teórico-político y práctico-político merecería ser abordada con detención en nuestra labor, lo que no hago ahora y solo me limito a sugerir que también los textos y pasajes que traigo, además del variado acervo visual, cumplen una función figural.

La *Idea de un Príncipe político Christiano representada en cien Empresas* apareció en primera edición en Mónaco, en 1640 y segunda en Milán, en 1642. Esta última modificó el orden de muchas empresas, pero mantuvo la estructura de la obra, dividida en ocho partes: I. Educación del príncipe, II. Cómo se ha de haber el príncipe en sus acciones, III. Cómo se haber el príncipe con los súbditos y extranjeros, IV. Cómo se haber el príncipe con sus ministros, V. Cómo se haber el príncipe en el gobierno de sus estados, VI. Cómo se haber el príncipe en los males internos y externos de sus estados, VII. Cómo se haber el príncipe en sus victorias y tratados de paz y VIII. Cómo se haber el príncipe en la vejez. Es, pues, un tratado general y completo del arte del gobierno, que se nutre de la experiencia política y diplomática de su autor, de multiplicidad de hechos históricos, de su conocimiento de la obra de Tácito y de las Sagradas Escrituras. ... La empresa que abordo

en lo sucesivo pertenece a la sección tercera. Son muchas las que cabría escoger, pero esta en particular me ha parecido ejemplar en cuanto al asunto y los asuntos de la seducción, así como tensa algunos de los asertos del análisis previo para mejor discusión de la figura.

Antepongo una breve consideración a la también breve inspección de esta empresa. En nuestra razón de la cuarta figura —la explicación introductoria que le dedicamos— pusimos énfasis exclusivo en el poder de la seducción y del seductor. Resultó, así, un cuadro unilateral de la figura, algo que quizá podríamos llamar una versión donjuanesca en el sentido más trivial de la palabra (es decir, haciendo caso omiso de las complicaciones y complejidades que espesan y abisman al célebre burlador, al que acudiremos más adelante). Un poco como reza la conclusión del primer discurso de Sócrates sobre el amor, en el *Fedro*: “así como los lobos aman a los corderos, así ama el amante a su amado” (*hos lykoi árnas agapôsin, hòs paída philoûsin erastaí*, 241 d). Pero si la seducción es una relación de dominio, como en un momento dijimos para acentuar el tema de la dominación, es relación ante todo, y se tendría que admitir que primariamente es relación de intercambio.

Esto supone que siempre está abierto el evento de una reversibilidad, que en dicha relación no hay una dirección única, que el seductor está, por sus propias operaciones, avisado de ser, a su vez, posiblemente seducido. La relación es de intercambio, susceptible de giros que en ocasiones pueden llegar a ser dramáticos y traumáticos; está gobernada, pues, por una lógica a la que uno está tentado de llamar, sin más, dialéctica. Lógica o economía que determina que la mirada con que el otro mira y admira al seductor sea también la mirada con la que éste especularmente se admira y se mira a sí mismo, y que en este juego de espejos, en este juego especulativo de mera superficie, la presencia inoculada en el otro no sea en sí misma nada efectivo, sino puro efecto, fantasma, signo del deseo, proyección al infinito disparada como asíntota del quiasma de aquellas miradas: lógica, economía y geometría de la seducción¹.

Ahora, al texto. La “empresa” de Saavedra no nos pone de cara ante las artes, maquinaciones y logros de la seducción desde el foco radiante de una presencia central. Como en los demás casos que preceden al análisis de lo que en este punto nos ocupa, hemos escogido un escrito que está en relación oblicua con la figura propuesta. Aquí, esa oblicuidad roza casi la inversión, y el motivo para ello es el que acabamos de indicar: la cuadragésima sexta empresa acusa el juego de intercambio, la razón de la reversibilidad.

¹ Que tiene a la muerte en su guion, al fin. *Les liaisons dangereuses* de Pierre Choderlos de Laclos es aquí una pieza indispensable.



A la vista se ofrece torcido y quebrado el remo debajo de las aguas, cuya refracción causa este efecto: así nos engaña muchas veces la opinión de las cosas. Por esto la academia de los filósofos escépticos lo dudaba todo, sin resolverse a afirmar por cierta alguna cosa. ¡Cuerda modestia y advertida desconfianza del juicio humano! [...] No deseo que el príncipe sea de la escuela de los escépticos, porque quien todo lo duda nada resuelve, y ninguna cosa más dañosa al gobierno que la indeterminación en resolver y ejecutar. Solamente le advierto que con recato político esté indiferente en las opiniones, y crea que puede ser engañado en el juicio que hiciere dellas, o por amor o pasión propia, o por siniestra información, o por los halagos de la lisonja o porque le es odiosa la verdad que le limita el poder y da leyes a su voluntad, o por la incertidumbre de nuestro modo de aprender, o porque pocas cosas son como parecen, principalmente las políticas, habiéndose ya hecho la razón de Estado un arte de engañar o de ser engañado, con que es fuerza que tengan diversas luces; y así más se deben considerar que ver, sin que el príncipe se mueva ligeramente por apariencias y relaciones. (290-291)

Tal como se dice en el lema sobre el remo quebrado que inaugura la consideración del tratadista, se trata de la ubicuidad del engaño, que no se encuentra tanto en la naturaleza de las cosas, sino que anida más bien en la opinión que los humanos se hacen de ellas; se trata, entonces, de la necesidad de estar advertido al respecto y de cómo esta necesidad es tanto más imperiosa para quien detenta el poder. Sólo que aquí debe contarse especialmente con algo más: de cómo la opinión puede ser —y de hecho es— amañada y confundida por la intervención y aviso de otros hombres. Es la condición que marca a fuego a la política, en que “la razón de Estado [es] un arte de engañar o de ser engañado”

(una definición estupenda), y proliferan las apariencias e impera por doquier lo que tan precisamente llama Saavedra “las relaciones”, “la relación”².

Estos engaños y artes políticas no se pueden conocer si no se conoce bien la naturaleza del hombre, cuyo conocimiento es precisamente necesario al que gobierna para saber regirle y guardarse dél; porque, si bien es invención de los hombres el principado, en ellos peligrá, y ningún enemigo mayor del hombre que el hombre. No acomete el águila al águila, ni un áspid a otro áspid, y el hombre siempre maquina contra su misma especie. Las cuevas de las fieras están sin defensa, y no bastan tres elementos a guardar el sueño de las ciudades, estando levantada en muros y baluartes la tierra, el agua reducida a fosos, y el fuego incluido en bombardas y artillería. Para que unos duerman es menester que velen otros. ¿Qué instrumentos no se han inventado contra la vida, como si por sí misma no fuese breve y sujeta a los achaques de la naturaleza? Y si bien se hallan en el hombre, como sujeto suyo, todas las semillas de las virtudes y las de los vicios, es con tal diferencia, que aquéllas ni pueden producirse ni nacer sin el rocío de la gracia sobrenatural, y éstas por sí mismas brotan y se extienden: efecto y castigo del primer error del hombre; y como casi siempre nos dejamos llevar de nuestros afectos y pasiones, que nos inducen al mal, y en las virtudes no hay el peligro que en los vicios, por eso señalaremos aquí al príncipe una breve descripción de la naturaleza humana cuando se deja llevar de la malicia. (291-292)

Saavedra Fajardo ofrece una pintura descreída de la naturaleza humana y de su íntima humana, siempre enmascarada para asegurar con mayor firmeza la contundencia del asalto en el momento propicio. Digo descreída, porque no se ampara solamente del estropicio provocado por el pecado original (“el primer error del hombre”), sino que está muy en consonancia con el discurso que en la época se tiene sobre lo irredimible que es el ser humano para y por sí mismo, a menos que, según Saavedra, esté asperjado por “el rocío de la gracia sobrenatural”. Discurso barroco, se dirá, pero también vecino al *homo homini lupus* de Hobbes, en que todo *exit* del estado miserable de la beligerancia es posible solo si cabe que algo (en tal caso, el miedo) acalle las pasiones (salvo esa) para que la tenue voz de la razón sea audible y susurre los “artículos de paz” que a ese fin son requeridos. Criatura mudable, disimulada y fraudulenta, que reserva para sí el amor y derrocha odio y traición a su derredor, irascible, envidiosa y deseosa de lo ajeno, sumisa cuando no tiene fuerza ni ocasión de imponerse, arrogante, despótica e inmisericorde apenas cambia su suerte, ingrata siempre y en todo, hecha la suma, rematadamente vil:

² No digo que Saavedra emplee el término en la acepción que me interesa particularmente y sobre la cual incidiré en las figuras que siguen. La relación es aquí, por cierto, el relato, la exposición, de cuyo latente engaño debe el príncipe estar en todo momento avisado. Pero la relación que relata es precisamente la que por su propia obra trama las relaciones.

Esta descripción de la naturaleza del hombre es universal, porque no todos los vicios están en uno, sino repartidos; pero, aunque parezca al príncipe que alguno está libre dellos, no por eso deje de recatarse dél, porque no es seguro el juicio que se hace de la condición y natural de los hombres. La malicia se pone la máscara de la virtud para engañar, y el mejor hombre suele faltar a sí mismo, o por la fragilidad humana, o por la inconstancia de las edades, o por la necesidad y interés, o por imprudencia y falta de noticia; con que alguna vez no son menos dañosos los buenos que los malos; y en duda, es más conforme a la prudencia estar de parte del peligro, imaginándose el príncipe (no para ofender, sino para guardarse) que, como dijo Ezequiel, le acompañan engañadores y que vive entre escorpiones, cuyas colas están siempre dispuestas a la ofensa, meditando los modos de herir. (292-293)

Esta descripción tiene una escena de privilegio, porque en ella se juega el máximo poder. La escena fundamental es la escena de la corte. “Tales [es decir, de esa naturaleza] suelen ser los cortesanos —dice Saavedra—; porque casi todos procuran adelantar sus pretensiones con el engaño del príncipe o con el descomponer a los beneméritos de su gracia y favores por medio de su mismo poder.” (293) Al príncipe, pues, se le ofrece la descripción a modo de precaución universal en sus juicios y decisiones, instilando en él una dosis de escepticismo: el “estar indiferente en las opiniones”³, no sea que se vea envuelto en una trama que acabe por perder a sus mejores por prestar oídos a los aviesos. Saavedra Fajardo se encarga de detallar las artes más usuales de que se valen estos.

Su catálogo es minucioso y casi podría decirse que exhaustivo, como que viene de larga observación de la vida de la corte y de los círculos más estrechos que rodean al trono. Están aquellos que mediante fingidas y mañosas alabanzas de cualidades menores dan relieve a los defectos del dignatario a quien quieren arruinar, o calumnian a alguien con pretendidos elogios, o bien ensalzan en público y difaman en secreto. Alentar odios y sembrar cizaña para perder a algunos o enemistar a unos y otros es táctica habitual, y por cierto la mentira es principal artería, porque trafica con apariencias que llevan fácilmente al engaño o a la confusión, como quiera que esta compra fácilmente la adhesión por el relumbramiento de la apariencia sin mayor encuesta. De ahí la recomendación maestra de Saavedra Fajardo a su príncipe:

Todo esto descubre el peligro de que yerre la opinión del príncipe entre semejantes artificios y relaciones, si no la examinare con particular atención, manteniendo entre

³ Este “estar indiferente” conserva la huella esencial del juego del seductor, que se mantiene en la distancia de una reserva respecto del seducido.

tanto indiferente el crédito, hasta que no solamente vea las cosas, sino las toque, y principalmente las que oyere; porque entran por las orejas el aura de la lisonja y los vientos del odio y invidia, y fácilmente alteran y levantan las pasiones y afectos del ánimo sin dar tiempo a la averiguación; y así convendría que el príncipe tuviese las orejas vecinas a la mente y a la razón, como la que tiene la lechuza (quizá también dedicada por esto a Minerva), que le nace de la primera parte de la cabeza, donde está la celda de los sentidos; porque todos son menester para que no nos engañe el oído: dél ha de cuidar mucho el príncipe; porque, cuando están libres de afectos las orejas, y tiene en ellas su tribunal la razón, se examinan bien las cosas, siendo casi todas las del gobierno sujetas a la relación. (296)

La corte tiene su núcleo en la presencia imponente y seductora del soberano; parte esencial de la labor cortesana consiste en preservar y nutrir ese núcleo. Pero en este fomento, debido a la emulación de los cortesanos en pro del favor del poderoso, al reparto de los vicios y al inevitable incremento de las ambiciones y las envidias, se despliega lo que llamábamos el inverso de la seducción: el príncipe habrá de cuidarse que no se convierta en su revés. El inverso de la seducción es la *adulación*⁴. La adulación devuelve como un espejo la fascinación que ejerce la presencia del soberano, trocando en autoengaño la seducción que de él emana. Y si la seducción actúa por la promesa de un deleite —el deleite de la participación en el *plus* de energía que transmite la presencia—, la adulación convierte este deleite en el regodeo narcisista del seductor.

Pero debemos advertir aquí la peculiaridad de este inverso de la seducción, que no opone presencia a presencia, sino que fomenta la centralidad de la presencia poderosa, al tiempo que la convierte ya no en atributo o calidad del soberano, sino en condición a la que debe someterse. Dos cosas son importantes aquí. Una es la asimetría de la “relación” —que en este caso figuramos como relación de seducción y adulación—, de ninguna manera horizontal, sino ya estructurada en términos de subordinación. La otra es que ese fomento ocurre a través del *discurso* (la “relación”), y de un discurso que tiene el carácter de la *intriga*⁵. De ahí la encarecida recomendación de Saavedra Fajardo según la cual el

⁴ Recuérdese lo que anotamos a propósito de la teoría platónica de la *kolakeía*. Se podrá dudar de que la adulación sea efectivamente un “inverso” de la seducción, especialmente tomando en cuenta lo que se dice sobre ese arte de ganar el favor de la audiencia dándole lo que desea. La retórica es, en términos platónicos (o también kantianos), de punta a cabo un arte de la seducción, es decir, literalmente, de desviar a sus destinatarias y destinatarios de la senda de sus creencias, pareceres y hasta convicciones hacia aquello que la hablante o el hablante le proponen. Pero esto no ocurre porque esta o este hablante le digan a su público meramente lo que este quiere (desea) escuchar, sino porque le hace ante todo descubrir su deseo por la sola fuerza del discurso. Entonces, entre adulación y seducción existe un vínculo estrechísimo, de manera que la inversión de que hablo no es sino un cambio de posición en la escena seductora. Pero ese cambio no es posible solamente con las artes de la seducción, pero sí con ellas, vuelta sobre sí mismas.

⁵ “Intriga”, de *intrico*, a su vez de *trico*, *tricar*, enmarañar, embrollar (como “intrincar”, del mismo verbo latino, con idéntica significación), también buscar excusas y coartadas; la intriga es un uso del discurso que complica

príncipe debe cuidar sus orejas y, manteniéndolas vecinas a la mente, no las ofrezca indefensas al “aura de la lisonja y los vientos del odio y envidia”. La aparición del discurso en este contexto puede entenderse como su primera inscripción en el espacio del poder, y precisamente en función determinante de las relaciones de poder⁶. En cuanto su sujeto es aquí, ante todo, el miembro subordinado en esas relaciones, ello ha de llamarnos la atención sobre el modo en que el discurso es sobre-determinado por la asimetría de la relación, abriendo, por una parte, una escisión en el discurso mismo —la diferencia entre las emisiones actuales del súbdito y aquellas que el poderoso mantiene en reserva como decisión o dictamen— y, por otra, marcando en general los vínculos discursivos que así se establecen como tramas de intriga: tal es el poder que el subordinado ejerce en cuanto está incorporado a las relaciones de gobierno valiéndose de “la relación”.

Pero precisamente porque se trata de la intriga ni el modo del discurso ni la función de la palabra suministran información (por mucho que puedan pasar por hacerlo), como tampoco son medio de acuerdo o expresión de disenso. Sin duda, se preguntará qué otra cosa puede ser lo que tal o cual cortesano dice al príncipe para perder al enemigo; información mentida, se dirá, ciertamente, pero no es sino un discurso que cumple su misión defraudando lo que aparentemente transmite y por eso mismo engaña: el receptor es víctima del fraude, pero precisamente porque acoge lo que se le dice bajo especie de información, que es, se asume, tarea eminente del lenguaje. Pero esta es una de las limitaciones principales que aqueja a lo que podríamos llamar la concepción informativa del lenguaje cuando tiene que dar cuenta de rendimientos lingüísticos en condiciones que ella misma considera anómalas: fingimientos, juegos, poesía y, en los términos en que aquí las examinamos, relaciones de poder. Esa concepción, si no descansa sobre el primado de la verdad (puesto que toda información debiera ser primeramente verificada), tiene en todo caso como criterio fundamental la seriedad de la intención, que ha de ser una seriedad manifiesta, digamos, una en que el lenguaje es puesto a trabajar y no está de vacaciones⁷. Las “informaciones” de las que hablaría Saavedra Fajardo en esta empresa

la relación encubriendo y multiplicando los motivos, intereses y consecuencias que a partir de ella y en ella se traman.

⁶ Los oídos son, aquí, el lugar de esta primera inscripción del discurso. Apelando a viejas metáforas, podría decirse que, insinuante e insidiosa, la palabra se infiltra como rumor maligno y acrecentando su resonancia interior secretamente captura el alma. Esto habla también sobre el estatuto del lenguaje en el “estadio” definido por esta figura. Pronto traeré a Gorgias y su gran analogía entre *lógos* y *phármakon*: que precisa el gran poder de la palabra conforme a ese estatuto.

⁷ Hablo de concepción informativa, diferenciándola de una que da cuenta de la función *performativa* del lenguaje. Está claro de lo que hablo: Austin, Searle y los “actos de habla”, en primera línea. Si bien esta concepción es de primer relieve a la hora de examinar los rendimientos lingüísticos en el universo del poder, porque se trata en ella de fuerza y eficacia, hay un punto crítico que me parece importante de subrayar. Se trata, por una parte, de la distinción entre actos afortunados e infortunados (*felicitous/unfelicitous*) que propone Austin, siendo los primeros aquellos que se realizan en condiciones y contextos pertinentes y por quienes poseen las atribuciones apropiadas para su realización. Dicho de otro modo: “las palabras deben ser dichas «con seriedad» (*seriously*) y tomadas de la misma manera. [...] Es menester que no [se] esté bromeando ni escribiendo un poema” (Austin 1975, 9). Actos de este tipo son “vacíos de un modo

solo lo son en aspecto; solapadamente obran algo muy distinto, desde el perfecto contrario a la búsqueda de realizar un designio por recovecos arduos de desentrañar. El discurso, la palabra, obran aquí de acuerdo a lo que dice Gorgias en el *Encomio a Helena* que, como bien se sabe, está destinado a eximir a Helena de toda culpa en la guerra de Ilión, porque cualquiera haya sido la causa de lo que hizo⁸, en todo caso ha sido siempre una causa irresistible. Alarde retórico, el Encomio quiere mostrar en acto el poder supremo de la palabra (del *lógos*), que reúne en sí las fuerzas de todas esas causas. Su eficacia es la de la seducción y su naturaleza una rara ambivalencia:

Y la misma proporción (*tòn autòn lógon*) tiene el poder del discurso (*toû lógou dynamis*) con respecto a la disposición del alma (*tèn tês psykhes táxin*) que la disposición de las drogas (*tôn pharmákon táxis*) con respecto a la naturaleza de los cuerpos. Así como unas drogas expulsan del cuerpo unos humores y otras otros, y unas acaban la enfermedad y otras la vida, así también unos discursos apenas, otros deleitan, unos aterran, otros infunden valor en los oyentes, y otros, por medio de una maligna persuasión (*peithoî tini kakêi*), envenenan el alma y la hechizan (*tèn psykhen epharmákeusan kai exegoéteusan*). (DK II, 82.II, [14], 292.)

Esta analogía viene a rematar una serie de casos y ejemplos de la fuerza de la persuasión (*peithó*), que “modela al alma como quiere (*tèn psykhen etypósato hópos eboúleto*, [13])” y da rendida cuenta de la célebre sentencia: “la palabra es un poderoso soberano que con pequeñísimo e invisibilísimo cuerpo lleva a cabo obras divinísimas (*lógos dynástes mégas estín, hòs smikrotátoi sómati kai aphanestátoi theiótata érga apoteleî*, [9]) El

peculiar”, debido a un “cambio de marea (*a sea-change*)”, como dice metafóricamente el autor. Este *sea-change* determina un estatuto derivado y deficitario para actos como los que tienen lugar en una representación teatral. El valor de seriedad es, pues, el que decide la efectividad del performativo y esto implica una correspondencia entre la *intención* con que se lo lleva a cabo y la emisión lingüística del caso. En su teoría de los actos ilocucionarios, Searle formaliza el principio que rige ese valor a través del catálogo de reglas que debe satisfacer una aserción y que “relacionan los actos ilocucionarios con el mundo” (cf. Searle 2005, 62, 67). Con tales reglas se hace posible identificar qué hace un autor de ficción al aplicar actos de carácter ilocucionario en su obra y aislar, por decirlo así, lo raro (*odd*) y pasmoso (*amazing*) de que el lenguaje tenga esa posibilidad de ficción. Tanto la ausencia de seriedad como esta cuarentena de la ficción (y de otras criaturas que medran en el lenguaje) resultan problemáticas si se las quiere hacer valederas en un análisis de lo que llamaba los rendimientos lingüísticos en el universo del poder. Hay en ambas un principio de concordancia entre lo que se dice, la intención con que se lo dice y lo que con lo que se dice se hace, una suerte de *adaequatio* que determina la *verdad* del performativo o del acto ilocucionario y, sin caer en una condena de tipo platónico, remite lo que se exceptúa de esa correspondencia a la condición de la extrañeza (*oddity*). Me he referido a estos asuntos en Oyarzun 2010. Volveré en breve sobre performativos en relación directa con la seducción.

⁸ “Hizo lo que hizo (*épraxen hà épraxen*) ya por voluntad del destino (*tykhes boulémasi*), por mandato de los dioses (*theôn bouleúmasi*) o por designio de la necesidad (*anánkes psephímasin*), ya raptada con violencia (*bíai arpastheîsa*), ya persuadida con discursos (*lógois peistheîsa*), [ya cautivada por el amor (*éroti aloúsa*)].” (DK II, 82.II, [6])

lógos que está en juego aquí es, como se dijo, *lógos* eficiente, suscita afecto e infunde opinión. De él depende la soberanía y todo estriba en cómo y para qué se lo administre. Como droga, se caracteriza por una peculiar neutralidad, que en rigor es una eficacia de doble dirección: la verdad y la mentira, el daño y el beneficio, la liberación y la esclavitud. Siendo potencia pura e indeterminada, nunca se presenta como tal, sino siempre actuando de una determinada manera, según la dosis con que se la aplique y el alma que la reciba. De alguna manera late aquí una semejanza con lo que Saavedra encarece de su soberano. Solicita él que esa determinación no pase sin examen y ponderación, pero no tanto para juzgar la pertinencia descriptiva de lo que se escucha, sino para ponerse al resguardo del efecto de lo que se dice, del modo en que lo que se dice puede cambiar la realidad que se describe. La razón (*lógos*) es aquí, menos que una piedra de toque, un antídoto⁹.

⁹ Sería, en cierta manera, lo que trasluce en el pasaje que cité. Derrida apunta: “Se habrá reflexionado, al pasar, en que la relación (analogía) entre la relación /ogós/alma y la relación fáрмаcon!cuerpo es designada como logos. El nombre de la relación es el mismo que el de uno de sus términos. El fáрмаcon está comprendido en la estructura del logos. Esta comprensión es un dominio y una decisión.” (Derrida 1972, 133; cito de la traducción al castellano: Derrida 1997, 175.) En el andurrial de la seducción y de la mimesis, la razón misma tiene que operar como hechizo (como *phármakon*), a fin de que haya orientación y mundo.